

ver a Mussolini. El Duce recibe galantemente y le cuenta que un poco después llegará el señor Hitler. Dollfus no tiene ganas de encontrarse con el bello Adolfo y se va antes de lo que pensaba. Adolfo llega a Venecia y es recibido con todos los honores. Pero a la mitad de la conversación surge una breve pelea y abandona la mansión, prometiendo no volver en mucho tiempo. «Habrá grosero, recibirme así en su casa!» Y se entera más tarde que el señor Vladimir Potemkin, embajador de la U. R. S. S. en Roma, ha charlado durante más tiempo que él con Mussolini. La verdad, no merecía la pena haber tomado un taxi...

Mientras tanto, en las cocinas, se preparan menjurjes explosivos, pólvoras sordas, granadas en dulce, por si acaso se les ocurriera tomar el té...

Va a ser necesario reponer la costumbre de las tarjetas, dobladas por donde se antoje.

Tristán Bernard, deportivo

□ En la última carrera ciclista de la vuelta a Francia, el viejo y jocoso escritor ha sido uno de los jueces de ruta. Con su cuantiosa humanidad a cuestas, sin importarle un pimiento las andanzas y caminatas, ni el sol ni el descanso, Tristán Bernard ha ido de un lado a otro para establecerse por cortos lapsos en las revueltas de una carretera y tomar nota de la marcha correcta de la prueba ciclista.

Siempre ha sido el autor de «Petit Café» un aficionado al aire libre. Agil, a pesar de sus años, alegre siempre, optimista bajo el sol amarillo, da una prueba simpática frente a los ratones de biblioteca y los incansables y prolíficos trabajadores en cuarto cerrado. Ni su vida en contacto con el deporte le ha impedido una obra considerable, ni quizás hubiera conservado esa juvenil energía, sin estar en sus ratos de ocio en contacto con la fuerza y la destreza de los gimnastas y velocipedistas.

Muchas anécdotas sabrosas se han contado de Bernard du-

rante su reciente actuación de juez deportivo. Una de ellas: Entra en una taberna del camino y, sediento, pide una cerveza. «¿Para tomarla o para llevarla?», pregunta la dueña del establecimiento. «Para las dos cosas», responde Tristán Bernard seriamente.

¿No es un ejemplo para tanto escritor, metido entre papeles y plúteos polvorientos, esta sensación aireada y optimista del escritor francés?

Bergson, pensativo

□ Incansable, ahora se luce con dos palabras titulares que condensan su inquietud constante. «La Pensée et le Mouvant». Vuelve la cara hacia su obra anterior, la juzga, elimina lo que le parece superfluo, corrige lo que se le antoja equivocado y mantiene lo que cree necesario conservar.

Hay en este libro una revelación sensacional para los bergsonianos: La desaparición del pragmatismo como base científica y la evolución hacia caminos analizadores. Separa el filósofo, con un procedimiento minucioso, la intuición de la inteligencia.

Más clara es la primera que la segunda; más fácil de analizar y más útil de tomar como punto de partida. Porque siendo la intuición una salida hacia la materia, obra por extensión y se amplía al obrar, al revés que la inteligencia, que se repliega sobre sí misma para conocer. El pragmatismo no tiene aquí, en esta última publicación del filósofo, la importancia que alcanzaba en libros anteriores.

Hay siempre en Bergson una filosofía que burla, burlando deja margen a aceptar ciertos principios, sin que el que los expone se arriesgue a considerarlos como suyos, sino como una insinuación o una posibilidad. Un gran poeta español, en un momento de consonancias baratas, decía:

«Este Bergson es un tuno;
¿verdad, señor Unamuno?...»